

## Metapsicología de la neurosis obsesiva<sup>1</sup>

André Green\*

En nuestros trabajos anteriores sobre la neurosis obsesiva,<sup>2</sup> tratamos ante todo de situarla con relación al complejo de Edipo, insistiendo en particular sobre el papel de la fase genital, que no desaparece con la regresión sádico-anal, sino que la determina. La regresión nos hace entender el lenguaje de lo genital en la transcripción sádico-anal. Pero sobre todo propusimos, después de un estudio clínico y crítico, un modelo estructural de la neurosis obsesiva establecido según los parámetros metapsicológicos de *Freud*. En esta perspectiva mostramos que dicha estructura, en la obra de Freud, se oponía de manera precisa a la de la histeria.<sup>3</sup>

### El objeto anal y su valor

Existen pocos lazos entre el objeto de una fase libidinal y una organización sintomatológica o caracterológica que sean tan estrechos como los que se dan entre el objeto anal y el carácter u organización del mismo nombre. El papel de la analidad, cualesquiera que sean las correcciones o los aditivos que los autores le agreguen, es siempre la piedra angular de la metapsicología de la neurosis obsesiva, mientras que, dentro de toda la “caracterología”

---

<sup>1</sup> Conferencia dictada en la Sociedad Psicoanalítica de París en marzo de 1965, publicada en la **Revue Française de Psychanalyse**, t. XXXI, n° 4, 1967.

\* Dirección: 6, rue du Val-de-Grace, Paris (Ve).

<sup>2</sup> Cfr. “Psiconeurosis obsesiva y obsesiones”, Enciclopedia médico-quirúrgica, 37370. “Neurosis obsesiva e histeria, sus relaciones en la obra de Freud y desde entonces”, **Revue Française de Psychanalyse**, 1964, t. XXVIII, p. 679

<sup>3</sup> Las observaciones subsiguientes son la continuación de las reflexiones surgidas de esos trabajos: retoman nociones dejadas de lado en ese entonces y completan algunos puntos apenas esbozados. Las opiniones sostenidas aquí, aunque reconocen su deuda con respecto a las contribuciones recientes de la escuela psicoanalítica francesa (Bouvet, Lebovici y Diatkine, Leclair), parten a menudo de una óptica diferente.

psicoanalítica, el carácter anal es innegablemente aquel cuyo trazado es el más nítido y el menos discutible. Asimismo, muchos autores concuerdan en reconocer una función determinante a la relación anal en la distinción yo/no-yo, ya sea por la línea divisoria que se observa en nosografía entre neurosis y psicosis, relativa al nivel de la fijación, ya sea porque, en la clínica individual, el análisis de la analidad sigue siendo el bastión más allá del cual comienza un campo marcado por la alteración del yo. Tal vez se podría intentar comprender las causas de ello basándonos únicamente en las características del objeto anal, Mientras que el objeto oral está completamente identificado con su consumo, siendo apenas anticipado (vientre que grita no tiene oídos) y olvidado ni bien es ingerido (el “agradecimiento del vientre” no es durable ni profundo), el objeto anal está encuadrado por dos ausencias.

Está situado entre la no-existencia para el otro anterior a su expulsión —que es el tiempo del goce del sujeto, pero a título de objeto interno— y el tiempo en el que es objeto respondiendo a la demanda del otro —que es el tiempo del renunciamiento del sujeto— a cambio del amor del otro —es decir, nada—, del cual la desaparición de las heces \* es el precio. Cuando aún no está exteriorizado, adquiere su valor por ser fuente oculta de placer, aunque ausencia para el progenitor, “Todavía no hiciste” y, cuando es emitido, por deber desaparecer como un objeto de sacrificio; objeto yo/objeto no-yo. Como objeto-yo, es objeto de placer solitario, autoerótico, no compartido, escondido-ausente. Como objeto no-yo, deja de pertenecer al sujeto caído en la red intencional del otro y bajo su dominio.

Su producción está ligada a su destrucción por el otro.

En efecto, es necesario que esta destrucción quede al cuidado de la madre, sin contacto. El agua engulle el producto, purifica de su paso, borra su rastro, sin que pueda obtenerse ningún placer de un contacto manual que diese una satisfacción agresiva posible, compensadora del goce imposible. Como es sabido, esto contrasta con las actividades características de la fase anal, en la

---

\* N. de T.: Faecis, en latín en el original insistiendo en el sentido de hacer.

cual la acción de los músculos permite una satisfacción notoria de las potencialidades agresivas. El objeto anal se vuelve así el de la *inversión del valor*: dotado del más alto precio para el sujeto que lo forma, lo modela, lo crea, es aniquilado precisamente por aquel que lo solicita y que lo dota sin embargo del mismo reconocimiento de valor. No obstante, apenas producido es destruido, sin que siquiera se ose tocarlo, pero también, sin miramientos.

La clínica da abundantes ejemplos del sufrimiento de este tipo de personalidades que viven una perpetua impresión no sólo de subestimación y hasta de rebajamiento de sus productos, sino también de destrucción de su producción por el otro. Una correlación —y no de las menores— llama la atención: es la que vincula esta impresión al desprecio con que aquellas consideran las producciones de los demás, empeñándose en hacerlas desaparecer por la violencia o el silencio.

Todo esto está en relación con la situación anal, cuya característica es la de ser *posterior*, es decir de estar en la línea opuesta al plano de contacto por la mirada, por la boca, las manos (al asir), los pies (al caminar); es lo trasero. Y también la de estar escondida, soporte fantasmático de la hipocresía, del disimulo, de la traición, no desprovista de una cierta profundidad: actividad de aquel que sabe ver el “reverso de las cosas”, como decía Jones. Aquellos que desean ver su ano están obligados a poner la cabeza entre las piernas, viniendo ésta a situarse justamente en el lugar de donde surge el objeto anal.

Esta tensión, dividida entre las polaridades del interior y del exterior, se reencuentra también en el plano interno. La ambivalencia se manifiesta, en la actividad anal, en la retención, pues ésta no consiste en el simple placer de retener, sino en el juego contradictorio de las fuerzas de retención y expulsión —de movimiento hacia el interior y hacia el exterior— que no deja de recordar el goce masturbatorio. Debemos aquí, una vez más, establecer la diferencia entre un placer conscientemente obtenido, y la oscilación que ocurre sin que el sujeto se percate de ello, entre las aceptaciones y los rechazos del pene anal, entre el desafío y la sumisión al otro, quien exige que nos deshagamos de él. Hemos hecho alusión a un comportamiento que evoca la masturbación. Es

decir pues, la importancia de los obstáculos que —aun cuando no se trate de los resultados de una regresión— se oponen al establecimiento de la sucesión y orden de las cosas. Al leer el artículo de Freud sobre la transformación de las pulsiones en el erotismo anal, en el que establece la equivalencia entre *heces, niño, regalo, pene*, es muy difícil establecer exactamente en qué orden se escalonan las significaciones, como si éstas pudiesen sólo formarse retrospectivamente, por un retorno renovado que confiere *a posteriori* el sentido que estaba aún en potencia, en gestación, en una experiencia anterior, pero ya pletórica no sólo de su sentido propio, sino además de aquel que sólo será plenamente expresado luego.<sup>4</sup> Tal vez lo importante sea aquí insistir sobre esta situación del objeto anal —*en derivación*— sobre las conexiones oro-fálicas que dan a la analidad un carácter tan particular. El objeto anal es objeto de *mediación*. Es el soporte de una doble relación: oral/anal, anal/fálica, que da su precio en la conexión oro-genital u oro-fálica a la *desviación*. Su nacimiento es oral (alimento ingerido), su desarrollo es transformación (niño), su destino es fálico o genital (castración).

La observación de *Lou Andréas Salomé* sobre la posición de la vagina “arrendada al ano” en la sexualidad femenina, y que Freud tanto tomaba en cuenta, nos parece justificada. El pene anal adquiere un valor considerable en ambos sexos por un efecto múltiple. Funda la generalidad del pene —aquí vivido en ambos sexos— y de la castración en ambos sexos, igualmente interesados por el aprendizaje del control de los esfínteres. Pero el pene anal adquiere en cada sexo un valor diferente: en el varón, por la erogenización de la zona anal, es el origen del fundamento de la homosexualidad que conducirá a la desvalorización fálica; mientras que en la niña será el soporte más firme de la esperanza del hijo que vendrá y del pene que crecerá. Esperanza cuyo destino será diferente en los dos sexos, puesto que exige simplemente, en la niña, la espera y la inflexión de las pulsiones hacia el sujeto (*C. Luquet*) cuando ésta ha aceptado renunciar a tener un pene. El varón, que también desea un hijo, debe renunciar a ello y asumir su destino de hombre provisto de pene. El hijo, para la mujer, será fuente esencial de satisfacción de las pulsiones activas

---

<sup>4</sup> Cfr. **La diacronía en el freudismo**. Crítica.

(*J. Mallet*). El erotismo anal en el hombre exalta la pasividad y descatectiza la actividad fálica; en la mujer, ayuda a diferir la satisfacción fálica sustitutiva y permite la satisfacción de las tendencias pasivas genitales.

El objeto anal es también objeto de mediación por su relación con el lenguaje. Es objeto de la demanda del otro (*Lacan*) por el lenguaje, y al cual se solicita, en general, responder por el lenguaje: “Di cuando quieras hacer”. Decir querer, hacer, están aquí estrechamente ligados. Esta mediación pasa de esta ley “en bruto” de la demanda del otro a una ley institucionalizada donde las formas deben ser escrupulosamente observadas: horarios, hábitos, ordenamiento de las operaciones. El humorismo parental oculta mal la verdad profunda que identifica al bebe en su bacinilla con el magistrado que tiene asiento en el tribunal, con el maestro que profetiza desde lo alto de su cátedra, con el rey en su trono. Estos comentarios no tienen por único objeto al poder, la omnipotencia. También lo son las formas y la letra de la ley.

### **La regresión sádico-anal y la pulsión de muerte**

Las observaciones recién hechas nos llevan a identificar, insistiendo en ello más de lo que habíamos hecho hasta ahora, *objeto anal* y síntoma *obsesivo*. No basta con poner en relación el contenido anal de los síntomas obsesivos, ni con describir mecanismos que les serían comunes, sino que es necesario esbozar un paralelo entre la situación de la obsesión en la mente del sujeto y la del objeto anal en el vientre. Varios rasgos comunes justifican esta analogía. La obsesión permanece, interior al sujeto, no admite el pasaje al acto del contenido directo del pensamiento: cuando éste se produce —y veremos luego cómo el ritual puede ser considerado como una de sus formas— el contenido inconsciente ya desplazado, deformado, minimizado, se ve una vez más sujeto a la acción de estos mecanismos. La obsesión es siempre molesta —no existen obsesiones agradables— siempre sucia, y sin embargo el placer que toma el sujeto, al considerar y reconsiderar el tema obsesivo que paraliza toda decisión y toda actividad, es muy claro. La obsesión circula en el ir y venir del pensamiento como el objeto anal en el vientre. Y sin embargo la obsesión no debe entrar jamás en contacto con el deseo, de la misma manera que el sujeto

no debe tocar sus heces. La obsesión es objeto/yo y objeto/no-yo. El sujeto reconoce claramente su origen (a diferencia de la alucinación) pero no la adhesión que marcaría su pertenencia a él y que hace de ella un objeto/yo a la vez que un objeto/no-yo. Esta posición “reflexiva”, sobre la que Freud insistía, entre actividad y pasividad, confiere al lenguaje del obsesivo, como lo hemos hecho notar, un valor particular aun en el cuadro de una concepción que dé al lenguaje un valor mucho más general en el psicoanálisis. El papel mediador del objeto anal, lo encontramos igualmente para el síntoma obsesivo vuelto simultáneamente hacia las estructuras preedípicas —y aun a veces psicóticas— y hacia las formas más auténticamente neuróticas y edípicas. Así como el síntoma histérico está separado del inconsciente por una marca particular de la represión, el síntoma obsesivo —al precio del aislamiento, la anulación, el desplazamiento, etcétera— nos hace acceder al contenido inconsciente reprimido.<sup>5</sup>

Finalmente y sobre todo, del mismo modo que el pene es objeto de deseo como pene anal, desvalorizando el pene “fálico”, el pensamiento sobrecatectizado y sexualizado no tiene ya por finalidad el goce oculto de la sublimación ni cualquier otra forma de placer orientada hacia la vida; queda como campo de batalla librado a la pulsión de muerte.

La neurosis obsesiva, como lo indica toda la teorización freudiana, está marcada por un hito, que es la introducción de la noción de pulsión de muerte. Pero ésta fue introducida cuando la teorización de la neurosis estaba ya muy avanzada.<sup>6</sup> Tal vez por eso es necesario precisar algunos matices: así por ejemplo, las relaciones del sadismo (regresión sádico-anal) y la pulsión de muerte en la neurosis obsesiva.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, la regresión es presentada —hecho nuevo,

---

<sup>5</sup> Se justifica así, en el polimorfismo de las formas clínicas de la neurosis obsesiva, el concebir que ésta puede, según los casos, ser una organización regresiva ante el complejo de Edipo y una organización progresiva contra una regresión mayor: anal primaria (contra la paranoia, según las ideas de Abraham; ¿Freud no hablaba acaso del delirio obsesivo?) u oral (melancolía o esquizofrenia). En estos últimos casos, lo más sorprendente es una inversión del equilibrio libido del objeto - libido narcisística y de las relaciones Eros - pulsión de muerte. Se ve aquí un ejemplo de la **regresión concebida como defensa**: es la hipótesis sostenida por Freud en **Inhibición, síntoma y angustia** para la neurosis obsesiva como regresión ante el Edipo, o de la organización obsesiva como **defensa contra la regresión**, tal cual lo pensaban Melanie Klein y Bouvet.

<sup>6</sup> Aunque Freud, en **Inhibición, síntoma y angustia**, decía que la neurosis obsesiva seguía siendo un problema aún no resuelto

si no me equivoco— como una defensa. Se tuvo más en cuenta esta función de la regresión que el hecho de que el sadismo que domina la escena no es más que una manifestación de la pulsión de muerte. Desde *El problema económico del masoquismo*, sabíamos que esa es sólo la parte de la pulsión de muerte que el yo logra desviar hacia el mundo exterior, estrechamente aliada a Eros en su descarga. Sólo se retuvo ese aspecto de las cosas, aceptándose la noción de erotización sádica y olvidándose la parte que pertenece propiamente a la pulsión de destrucción. Cierta malestar se manifestó en torno a la noción de agresividad en la neurosis obsesiva. ¿*Bergler* no denunció acaso allí un espejismo, haciendo valer el papel del masoquismo? Masoquismo a su vez aliado a Eros, muy diferente del masoquismo primario, expresión de la pulsión de muerte, y, para este autor, vengador de la herida infligida a la omnipotencia megalómana.

Se suele pues decir que en la neurosis obsesiva las catexizaciones sádicas de la fase genital se agregaron a las de la fase anal y dominan la relación objetal. Su intensidad es tal que conduce a contra-medidas defensivas cuyas modalidades son ya conocidas y que tienen por efecto paralizar al yo, siendo ellas a tal punto el reflejo de las fuerzas que combaten, que el menor relajamiento de su control tendría efectos devastadores. Y se suelen citar entonces las formas de pasaje a la psicosis; sobre todo a la melancolía.

Sin embargo conocemos otros casos en que, aun dejando de lado a las psicosis, la regresión al sadismo es más intensa que en la neurosis obsesiva, como por ejemplo, las estructuras psicopáticas. Por otra parte, se insistió sobre el hecho de que estas personalidades evidenciaban una rigidez muy intensa del superyó, que las conducía a buscar el autocastigo.

Hay que hacer la diferencia entre catexia agresiva y catexia destructiva. La catexia agresiva, muy estrechamente ligada a la catexia erótica, se manifiesta en la descarga del goce, por un contacto íntimo con el objeto; la aleación autoriza en cierta forma su contacto e interpenetración. Es innegable que la pulsión de muerte está presente en estos encuentros, y su exceso, nos dice Freud, puede hacer de cualquier hombre un homicida sádico. Pero la catexización por la pulsión de destrucción, tal cual lo ejemplifican la neurosis

obsesiva y, mucho más aún, la melancolía, es de otro tipo. En efecto, no basta con sostener que la agresividad está dirigida contra el objeto imaginario a nivel de la fantasía, por ejemplo. Lo menos que se puede decir es que el sujeto evita a toda costa que tal circunstancia se produzca, y que compromete en ello todas sus posibilidades de lucha. No es tampoco, la orientación interna de la catectización agresiva lo único que está aquí en juego, sino la naturaleza de esta catectización. Ésta obra según la función de la pulsión de destrucción, es decir en el sentido de la separación, de lo que se opone a la unión, al contacto con el objeto fantasmático o sus representaciones. El significado de la orientación de las contracatexias consiste en evitar el encuentro, en los pensamientos, de las representaciones de palabras, de cosas, y de los afectos relativos al deseo y a su objeto. Se trata de un trabajo permanente que vigila, filtro, con-trola el desfile de las percepciones y de los pensamientos.

La noción de acercamiento y aquella que le es correlativa, de distancia al objeto, de Bouvet, es una nueva formulación de la descripción de Freud en *Tótem y Tabú*, cuando éste afirmaba, a propósito del sujeto y del objeto del deseo o aun a propósito del deseo y su prohibición, que “su localización en el pensamiento del sujeto es tal que toda colusión es imposible”. En esta actividad en que teje del revés el motivo de la tela, en esta forma de proceder por la cual se ingenio incesantemente para efectuar una desconexión anuladora de lo que intenta afirmarse por las vías del retorno de lo reprimido, el obsesivo no escapa al deseo. Pues en el establecimiento de esas incesantes relaciones a contrario, \* el vacío que separa los términos en su ascensión repetitiva es la modalidad negativa por la cual se realiza la conexión, el contacto prohibido.

El significante fundamental de la separación es aquel que escinde las dos caras del complejo de Edipo: la muerte del padre no tendría nada que ver con el goce de la madre, la neurosis infantil no tendría relación alguna con la neurosis de la edad adulta.

Sucede también que, buen jugador, el obsesivo, con habilidad o buena

---

\* En latín en el texto (N. de T.)



voluntad, se muestra capaz de proporcionarnos la cadena de los elementos que permitan reconstituir el hilo de los pensamientos. Se atribuye al aislamiento, a la ruptura de los lazos que unen el afecto a las representaciones, tanto el paso a través de la represión como la ineficacia de una interpretación que se refiere a elementos emocionalmente descatectizados. Esto es sin duda cierto, pero no lo es todo, probablemente. Pues es a nivel de esas relaciones mismas —las que existen entre los representantes— que se produce el aislamiento, y, en la esfera del juicio, el no reconocimiento de esos lazos. Cuanto más estrechos son los lazos, tanto más estallan en la causalidad que los une por contigüidad en una cadena significativa, y tanto menos es reconocida su relación de conexión. El congelamiento afectivo no es la única causa de esta impotencia, sino que también lo es la operación de identificación del juicio, bajo la influencia de la pulsión de muerte. Pues si es cierto que el pensamiento está sexualizado, como lo afirmaba Freud en *el hombre de las ratas*, será necesario reconocer que esta catectización lleva en sí la marca de la pulsión de destrucción, en su función separadora. El poder separador toma efecto en el seno mismo de las relaciones representativas, en el estadio preliminar de su identificación que implica un acercamiento por identidad. Este es tal vez el sentido que hay que atribuir a la noción de regresión dinámica de Freud, que, en la neurosis obsesiva, afecta la estructura de la libido, al tiempo que éste reconoce la presencia, en ciertos histéricos, de mecanismos agresivos de gran intensidad.

No basta pues con decir que odiar y gozar son una misma cosa en el obsesivo y, en conclusión, ver en ello la expresión de la represión sádico-anal. Si bien es cierto que el neurótico obsesivo mantiene la distancia protectora entre él y el objeto de su deseo fantasmático, no es en el encuentro de ambos donde la pulsión de muerte se manifestaría más claramente, sino en la separación misma que mantiene los dos términos a distancia. Hay que proteger a la destrucción de la propia destrucción —para que la destrucción viva una vida eterna—. Así procedían los pueblos en los que la muerte ocupaba un lugar central en la religión por la práctica de la momificación. Salvaban al muerto de la destrucción conservándolo en un cierto estado por medio del embalsamamiento. El obsesivo no espera a morir para hacer lo mismo. Pues si la vida es eterna, ¿por qué no lo sería también la muerte —aún en vida—?

## **La identificación negativa del obsesivo**

Como es sabido, Freud diferenció identificación narcisística e identificación histérica. En la identificación narcisística, llegando a faltar radicalmente el objeto (por pérdida o herida), la relación de amor le sobrevive, tomando una parte del yo el lugar del objeto. En la identificación histérica, la identificación toma el lugar de una elección de objeto (identificación con el rival o con el objeto de amor: puesto que no se le puede tener, más vale serlo). Freud señaló hasta la posibilidad de una identificación con la situación o con el deseo, dejando completamente de lado toda relación de objeto. Agregó a esta serie una identificación con el ideal del yo.

Se puede notar que esta gama de aspectos no es nada restrictiva, y sin embargo se constata con cierta sorpresa que Freud no se detuvo nunca sobre el papel de la identificación en el obsesivo, o que sólo lo mencionó en forma contingente o, en todo caso, no específica. Se ha podido hablar de, en el caso de la neurosis obsesiva, identificación con el superyó.<sup>7</sup> Tenemos sin embargo la impresión de que, en las relaciones entre el yo y el superyó, el yo se empeña en situarse como objeto de amor para el superyó, no sin poner, disimuladamente, sus imperativos en ridículo. Esta es sólo una de las caras que nos muestra el obsesivo: mientras tanto, la otra no deja de mirar hacia el objeto.

De hecho, todo en el obsesivo nos induce a pensar que la identificación edípica no se apoya más que en la interdicción o en la hostilidad. Sabernos que la relación de identificación que hace del superyó el heredero del complejo de Edipo, es ambigua, puesto que implica a la vez la obligación de ser como el padre —pero no por ello de gozar de sus prerrogativas—, cuyo goce sigue siendo privilegio exclusivo de éste. O sea que la cláusula restrictiva —la que preserva el deseo del padre— pasa a ser cláusula principal y relega la primitiva cláusula principal —el deseo del niño de ser como el padre— al rango de cláusula secundaria; o hasta la suprime. El control adquirido por el yo sobre la libido se paga muy caro por la intervención del superyó, que retorna por su cuenta el sadismo del ello. Todo

---

<sup>7</sup> Weissman

sucede como si un testigo invisible viniese a denunciar la operación en curso, sospechando que la aparente domesticación de la libido no tiene por finalidad el dar curso a la demanda del principio del placer, sino que aspira al embargo, a la captura libidinal con fines narcisísticos —que liberaría al sujeto del dominio que podría ejercer el superyó a través de la relación con el objeto—. Sin embargo, esta ostentación de la libido no es directamente sentida por una acentuación del deseo, sino por la ley, a la que enfrenta simulando sometersele. Entonces, por un segundo desplazamiento, es el superyó quien replica, teniendo, por así decirlo, al yo “a tiro”. La satisfacción que el sujeto logra es la de hacer caer al superyó del lugar en donde éste sólo se querría norma, poder de justicia, instancia de serena autoridad —y de hacerlo descender *el rango de las portes en juego*. a comprometerse y descubrirte—. El superyó reniega entonces de su vocación y reencuentra la colusión, que el sujeto siempre había sospechado, de la identidad del deseo y la ley.

Esta operación deja vencedor al obsesivo en el terreno momentáneamente reconquistado, hasta el próximo combate. Diríamos con agrado que el obsesivo se empeña en probar que *sólo el superyó* desea y que el sujeto se limita a plegarse a ese único deseo.

Freud, en una carta a Fliess (125), dice que la paranoia disuelve las identificaciones y restablece una vez más las imágenes amadas en la infancia —disuelve al yo en figuras extrañas—. El obsesivo no llega hasta ese punto, pero se aproxima peligrosamente a él. Se efectúa un doble movimiento: mientras que las, figuras que sufrieron un proceso de abstracción (objetos de la fe) se repersonalizan y son revividas bajo formas antropomórficas (la regla moral remite al dios cruel como a un padre sádico), por el contrario los elementos personales del superyó conservan alguna relación con el sujeto —y es éste el movimiento dominante— sólo después de haber sufrido un proceso de reducción al anonimato, una generalización, una abstracción que no tiene ya por únicas miras los contenidos específicamente éticos, sino que concierne a todos los actos, a todos los sentimientos, a todos los pensamientos —testimonio de una hegemonía totalitaria—.

Es necesario referirse a la economía de las relaciones amor-odio para

explicar estas transformaciones. Freud dice que, en comparación con la intensidad de su demanda de amor, el paranoico vive la indiferencia como odio. Este odio será la fuerza que resultará victoriosa en ese combate donde el yo es derrotado y el objeto triunfa. La consecuencia de la demanda de amor habrá sido pues el sacrificio del sujeto, prueba suprema de sumisión al objeto. El caso del obsesivo es diferente, a pesar del común triunfo del odio en ambas afecciones. Se sabe que en el obsesivo la relación con la realidad es preservada y que —salvo nueva modificación de estructura durante el proceso en curso— no conduce a la derrota del yo, sino sólo a un severo auto-castigo. Aquí las identificaciones no se ven disueltas, sino que todo sucede como si el sujeto recurriese a figuras genéricas cada vez más originales. Este proceso interviene aun en la formación normal del superyó, como es ya clásico recordarlo. El niño no se identifica con los padres sino con el superyó de éstos: con los propios padres de ellos. En la neurosis obsesiva, todo sucede como si este proceso se repitiese,<sup>8</sup> sin detenerse en esta segunda generación, tratando de remontar la noche de los tiempos hasta el padre primitivo: el más exigente, el más cruel, pero también el objeto de la mayor culpabilidad, pues fue el primero en ser ejecutado. Sea lo que fuere, importa menos la aspiración hacia ese personaje inmemorial que el desdoblamiento repetitivo de las figuras imaginarias que hace remontar el proceso hacia el padre originario.<sup>9</sup>

Freud dice que la constitución del superyó normal requiere, para que el sujeto pueda lograr la necesaria conversión de libido sexual en libido narcisística desexualizada, que éste contraiga un préstamo con el padre por medio de la identificación, como si tuviese que respaldarse en la interdicción para conservar —de un modo compatible con la coexistencia con el padre— la relación con la madre. Todo sucede como si, en la neurosis obsesiva, ese préstamo, que proporciona a la interdicción la energía necesaria para su funcionamiento eficaz, tuviese que ser renovado indefinidamente. El recurrir, por el desdoblamiento de las figuras imaginarias, a los personajes de la misma ascendencia, permite la renovación del préstamo —cuya función debe ser la de

---

<sup>8</sup> Dando a la compulsión de repetición un valor que afecta no sólo a la pulsión, sino también a la constitución de las imagos a través de la función del ideal, que se encuentra en el origen de las religiones.

<sup>9</sup> Tal vez esta noción de desdoblamiento esté indicando que la neurosis obsesiva no respeta la evolución bifásica de la sexualidad, mientras que la paranoia no conoce el silencio del período de latencia.

mantener la interdicción—. El obsesivo reitera la deuda hacia el padre, esperando anularla solicitando un préstamo al propio padre del padre —aquel de quien éste último sigue siendo deudor—: entre tanto, este remontarse en el curso de las generaciones, este recurrir a las generaciones ancestrales, permite ganar tiempo, del mismo modo que algunos esperan que con la muerte del acreedor se borre toda huella de la deuda que un día contrajeron, dejando vía libre al goce del objeto adquirido.

Esta renovación de préstamo es, de hecho, un dato de la observación. El obsesivo no cesa en la búsqueda de aprovisionamiento para sus interdicciones, temiendo ver disminuir la energía que alimenta sus prohibiciones. Lo que está significado aquí, es que la renovación de la deuda necesaria para el mantenimiento de la energía de contracatexia viene a afirmar —bajo su forma negativa— el lazo con el objeto del deseo. Se sustituye, a la relación cuyo establecimiento es necesario impedir —aquella con el objeto del deseo— la relación con el agente de la interdicción en la cual el sujeto necesita de su apoyo constante. Vale decir que revela la fuerza de su deseo por la fuerza de las medidas que se agota en adoptar, para impedir que éste emerja. O también se le ve, por esta identificación a la inversa, constituido en objeto de deseo pasivo para satisfacción del agente de la prohibición. Entonces, el deseo no se ve aquí abandonado, ni sobrepasado, ni realizado. Se le mantiene enterrado, envuelto como una momia por los vendajes de la prohibición. Es este estado de momificación el que pasa a ser el verdadero deseo, entre su realización primitiva, que sería fuente de placer, o el renunciamiento a él, que abriría el camino al desplazamiento o a la sublimación. Al no llevar jamás a cabo el renunciamiento, al no realizar nunca el deseo, el objeto no está ni muerto ni vivo, sino muerto para el viviente, viviendo para los muertos. Proponemos llamar *identificación negativa* al proceso por el cual el sujeto recurre solamente a los aspectos interdictivos de la identificación, y que lo lleva a remontarse en el tiempo, en vez de apoyarse en él, para servir, por la vía del desplazamiento, al intercambio que sigue sobre otra cadena el hilo de las generaciones.

## **El ritual y la negativación\* de las relaciones entre la representación y el acto**

Existen pocas manifestaciones sintomáticas que parezcan estar tan estrechamente ligadas a la organización nodal de una forma clínica como lo está el ritual en la estructura obsesiva.

Cuando examinamos el ritual, lo que tal vez nos llame más la atención es el vínculo que une las diversas operaciones que lo componen y que se impone al obsesivo, como si obedeciese a las leyes de una cierta lógica. Podríamos tener la impresión de encontrarnos ante una falsa lógica —pero sería nuestra impresión— lo que no impide que esa lógica exista, ni nos dispensa de descubrir su funcionamiento. Freud relaciona a los rituales con las *leyes no escritas*. Pero estas leyes, como las otras, se fundamentan en mecanismos del razonamiento. Por lo tanto, el psicoanalista tiene fundamento para explorar allí lo que Freud denominaba “pensamiento judicial”.

---

\* En francés en el texto: “negativation”. (N. de T.)

Otra característica del ritual es que, generalmente, se refiere a actos triviales o de la vida cotidiana, cuya intrascendencia contrasta con el elevado interés que les es acordado, tanto más cuanto que su observancia es absolutamente necesaria. El conjunto tiene a la vez valor de des-carga motriz y de signo de reconocimiento entre el deseo del sujeto y el ordenamiento que preside al mundo de los objetos. Sin embargo, por otro lado, estos rituales son objeto de críticas por parte del yo, críticas hechas no tanto en- razón del placer o displacer proporcionado por su ejecución o por el no poder hacerlos, como en nombre de la lógica. De la lógica general que los decreta absurdos. El ritual es juzgado por un juicio que condena el juicio del sujeto, quien de ese modo se des-juzga. A menudo, el ritual se renovará y aun se enriquecerá en virtud de nuevas concatenaciones lógicas. Se suele decir que toda esta seudológica no representa sino una forma de defensa contra los afectos. Esto es sin duda exacto. Sin embargo, sería más preciso el acordar esta lógica a la del deseo. Pues la cuestión de saber por qué son éstas y no otras, las vías seguidas, permanece.

En el *Proyecto*, Freud emite sobre el pensamiento judicativo ideas que podrían tal vez orientar nuestra investigación. Actualmente, estamos acostumbrados a la idea de un yo como lugar y asiento de la totalidad de las catexias, cuya función sería la de asegurar la evitación del displacer y el alivio de las tensiones, o a la de un yo como “lugar de las identificaciones imaginarias” del sujeto (*Lacan*). En el *Proyecto*, Freud concibe al yo como dotado de una fracción permanente (invariable) y de una fracción variable. El interés de esta distinción, que a primera vista parece querer reencontrar las categorías de lo general y de lo particular, consiste en no dejar olvidar la subordinación del deseo. La fracción permanente es aquella que subtiende la idea apetitiva (el deseo) y que queda obstruida, impermeable, a las catexias, cerrada a la facilitación. Su vínculo con formaciones cuya función es esencialmente económica, abre paso a derivaciones hacia la fracción variable. En el pensamiento de Freud, esta fracción variable está constituida por elementos laterales que, al asegurar el libre paso de la facilitación, depuran y contienen a las catexias. Este aspecto económico está doblado por un aspecto tópico, pues, en cada estación, las representaciones formadas atestiguan su relación con la fracción permanente cerrada, por lazos que se dejan deducir. Esta situación “en el

sujeto” es retomada por la situación del objeto. Éste, según Freud, está también formado por una fracción constante, nodal, permanente, y por una fracción variable, cambiante, inconstante, que corresponde a los atributos del objeto. Esta segunda fracción es la que, para Freud, es *comprendida* (término que subraya) por el aviso que hace llegar *por intermedio de su cuerpo*, al sujeto. La percepción del otro trae aparejada una reevocación motriz, la “inervación de su propia imagen motriz” por el sujeto. Esta involucración da lugar a que el sujeto tome una posición —que no es más que este reconocimiento de un estado de identidad y que, sin embargo, ha tenido el mérito de establecer la correlación—. Notemos aquí que, así como la fracción permanente del yo queda cerrada y desconocida, la fracción correspondiente del objeto queda fuera de la catexia. Tanto la realidad del sujeto como la del objeto permanecen incognoscibles. Las fracciones laterales o derivadas siguen siendo el objeto de la catexia. Esta imposibilidad de conocimiento permite que se ejerza el trabajo de *deducción* que pone en comunicación a las cadenas laterales con el elemento nuclear, relacionando así sujeto y objeto, a través del sentimiento de identidad vivido a nivel del cuerpo, de las fracciones variables del yo y del objeto recorridas por las facilitaciones. Notemos aquí con Freud que esta situación es diferente de la realización alucinatoria, que busca *La reproducción de un cierto estado*.. Está claro que tenemos aquí el prototipo teórico que servirá de base para el estudio posterior de *la negación* y el de la oposición, descrita aquí por primera vez, entre la identidad de las percepciones (realización alucinatoria del deseo) y la identidad de los pensamientos.

Esta larga digresión, este retorno a lo manifestado en el *Proyecto*, nos parece aclarar lo que está en juego en el ritual. Lo que se busca en el ritual, ce menos el vínculo directo con las representaciones prohibidas en que se basa, que la sucesión de las concatenaciones, de las facilitaciones (sobre las vías laterales) y que permite por una nueva “inervación motriz” la constitución de una percepción, de un sentimiento de identidad en el sujeto con las representaciones de deseos que no se expresan abiertamente. Tendríamos aquí lo contrario de lo que acontece en el pensamiento. En el pensamiento, una acción exterior al sujeto (así sea una simple percepción, aunque ésta suele estar ligada a una acción del objeto, al menos a su “presentación”) acarrea por involucración motriz el sentimiento de identidad por el trabajo de identificación y



de deducción. En el ritual, la producción de combinaciones laterales de las inervaciones, proyectadas al exterior en los actos del ritual, *por su diversificación hacia las cadenas laterales*, permite deducir retrospectivamente las representaciones del deseo en cuestión y las significaciones a través de las sucesiones de los pensamientos que subyacen a ese deseo. Esto constituye el equivalente del proceso que, en la neurosis obsesiva, reduce el alcance de todo acto relacionado con el deseo y aumenta proporcionalmente los pensamientos que preceden su ejecución, así como, por contraposición, el pensamiento se actualiza en el ritual. Es así que para ciertos rituales Freud hace notar que se puede descubrir un orden que es simétricamente el inverso del que subyace al ordenamiento de la sucesión de los deseos. Del mismo modo, nos hace notar que frecuentemente la obsesión no da lugar a formaciones de transacción (una sola expresión para dos términos contradictorios), sino *que representen una sucesión de satisfacciones contradictorias*. De este modo, una medida de protección tomada compulsivamente luego de la emergencia de un pensamiento agresivo hacia el objeto, seguida de la anulación de la medida protectora so pretexto de su absurdo, al ser aplicada también compulsivamente, ha satisfecho sucesivamente el deseo de proteger al objeto y el deseo de no protegerlo —o sea, el de librarlo a la destrucción— a través de los sistemas sucesivamente contradictorios del inconsciente y del consciente. El pensamiento “es absurdo tener que proteger a X de mi pensamiento” que acompaña el acto que anula al precedente, es la negación no sólo de la eficacia del ritual, sino también del deseo de destrucción del sujeto. El sentimiento compulsivo del sujeto al ser el mismo que lo había hecho adoptar la medida protectora, sirve al deseo de destrucción so pretexto de respetar las leyes de la lógica.

En todos estos casos, el acceso a la representación prohibida no proviene de un movimiento de autopercepción, sino de la *reproyección hacia el exterior* durante la ejecución del ritual, que, por una especie de reconversión psíquica, y por una vía retrogresiva, concuerda retroactivamente con las representaciones, dando secundariamente el significado de los deseos prohibidos. A través del espectáculo del ritual se percibe por una lectura retrogresiva la representación prohibida y se descifra el texto del autor, que, en vez de preexistirle, se escribe después de la representación.

El ritual está marcado por otras dos características. En el funcionamiento del pensamiento normal, éste se realiza —Freud *insiste sobre este carácter de ahorro*— por el desplazamiento de pequeñas cantidades de catexia, hecho con poco gasto de energía, acompañado por una elevación general del nivel de actividad. En el ritual, este ahorro parece perdido, puesto que la energía del acto se ve afectada a la producción de la significación, con un fuerte aumento de la catexia. Podemos hacernos una idea de esto por lo que nos dicen ciertos obsesivos cuando la interpretación opera, y que súbitamente se libera su pensamiento. Sienten entonces como una “apertura de cerradura” que bruscamente los pone en un estado de libertad de pensamiento, de claridad, de lucidez que tiene un valor de distensión intensa. O también por el agotamiento físico que sigue a la ejecución de rituales complicados, acompañados de una descarga energética y motriz considerable.

En la fantasía, la posición pasiva del sujeto es la que permite la aparición de un goce, por identificación a uno, o a varios de los protagonistas de la fantasía. En el ritual la actividad del sujeto se superpone a su goce. Es cierto que, en alguna parte, un espectador es testigo y aprovecha el espectáculo. Pero el goce está, *sin* lugar a dudas, del lado de aquel que realiza la representación, produciendo los actos del espectáculo. De hecho, la actividad se superpone tan completamente al goce, que lo hace a veces desaparecer, al ser absorbido el sujeto por la observancia del ritual.

Estas observaciones muestran cómo el ritual tiene una función de *negativación*, de trastocamiento, de recorrida a la inversa de la representación del deseo a su realización, y preside la inversión de las relaciones entre el acto y el pensamiento.

### **La religión privada: observancia y trasgresión de la ley**

En un artículo que data de la primera fase de su elaboración teórica sobre la neurosis obsesiva, Freud escribía (1908) que ella era: “La mascarada [travestissement] mitad cómica, mitad trágica de una religión privada”. Tres conceptos que merecen ser analizados: mascarada; semicómica, semitrágica;

religión privada.

Que se trate de una mascarada, de un disfraz, parece evidente a primera vista. ¿Toda neurosis no es acaso un modo escondido de obtener una satisfacción prohibida? ¿Y toda organización inconsciente no postula asimismo la idea de una máscara que el análisis quita? Podríamos tal vez llevar aún más lejos esta denominación. Esto podría sugerirnos que este disfraz, este vestido “*travestido*”, no es simplemente un modo de velar, de disimular, sino también un modo de revelar, por la inversión de signo que implica el disfraz —refiriéndonos entonces al sentido limitado del “*travestido*”—. Entre la apariencia que marca la vestimenta y la identidad sexual del que la lleva hay un cambio del signo en su contrario. Del mismo modo, la neurosis obsesiva, al transformarse en religión privada, cambiaría el signo del significante religioso. Por otra parte, es lo que nos haría pensar el hecho de que la noción de religión privada implica una contradicción en sus términos. La religión —fenómeno esencialmente colectivo— estaría aquí reservada al ejercicio personal de un solo individuo. Este cambio de signo se trasluce en lo que caracteriza el disfraz: semitrágico, semicómico. Que lo trágico y lo religioso se hallen así ligados no crea problemas, aunque su relación de sucesión sea a veces difícil de definir, pero el vínculo entre lo cómico y lo religioso no es fácil de pensar. La religión puede conciliarse con una cierta forma de felicidad o de alegría, pero no con la comicidad. Además tendríamos que entender aquí esta comicidad bajo su forma más violenta, más cáustica y más irrisoria también, sin duda. Pues aquí tendría libre curso esa forma de sadismo que denigra al objeto y lo ejecuta bajo forma de burla. ¿No somos acaso sensibles a la desviación que sufre la actividad ética en la observancia de reglas absurdas, que frecuentemente nos llevan a reflexionar y a poner en cuestión nuestros imperativos morales más sólidos? Pero aquí también debemos respetar la formulación freudiana: semicómico, semitrágico. No es ni lo uno ni lo otro, sino lo *uno* y lo *otro*, y, para ser más exactos, no se trata de la reunión de ambos, sino de las dos mitades contradictorias de una sola unidad. Si se diera libre curso a lo cómico, éste revelaría su naturaleza agresiva. Mitigado con lo trágico, nos deja perplejos. No se sabe ya frente a un fenómeno obsesivo si reír o llorar, protestar o apiadarse. Ni siquiera se sabe entonces si la función religiosa no es una farsa o una mistificación, o si la denuncia de lo religioso no es menoscabo de lo trágico del

hombre. La obsesión refleja este dilema, cuya plena expresión puede verse sin duda en el carácter privado de la religión obsesiva. El lazo que une al creyente con su dios, vínculo que Freud hace provenir de la nostalgia del padre, se ha constituido en fuerza unificadora, despojada de su substrato interpersonal —la relación que une un sujeto a un padre restablecida en su función original de relación de estar sujeto a su padre en la neurosis obsesiva. Ya habíamos señalado antes, al hablar del superyó, este movimiento, paralelo al de la paranoia, que conduce a la repersonalización del superyó. Pero el problema no es simple. La situación a la que se llega por este movimiento retrogresivo, no es el retorno puro y simple a esa situación donde se encuentran un sujeto, un padre. La mediación religiosa permanece, es decir que el amor (y el odio) filial o paterno que preside esas relaciones, conserva su carácter religioso divino. El vínculo es más bien pues, el de un hijo-sujeto a un padre-dios, a través de un lazo [religio] de amor-odio, cuya esencia es de ser estrictamente personal, pero con valor universal. Permanece indiviso excluyendo a los terceros, acaparando la energía puesta en circulación, quiere ser tan categórico como puede serlo una manifestación que liga un sujeto a un dios. De aquí surge la ambigüedad de esta relación, que oscila constantemente entre el *nombre del padre* y su reducción al anonimato, entre la *ley del padre* y su *deseo*. Este movimiento alternante entre lo universal y lo particular, ilustrado por el obsesivo, está ligado a la economía de las relaciones amor-odio.

El obsesivo no reconoce al otro como representante del poder, sino como aquel que ocupa un lugar tal que hace que los demás reconozcan en él al poder. No obstante, no concibe ni una impugnación total de este poder, que lo privaría del término complementario en que su sed de lucha se sacia, ni un reconocimiento que permita el establecimiento de un vínculo entre el representante del poder y él, vínculo de filiación o de sucesión, por ejemplo. Por medio del desafío, del más celoso cuidado, o por cualquier otra marca de rebelión camuflada preservará la renovación indefinida de la situación en la que el otro debe dar la prueba de la legitimidad de su poder y de su consistencia. Mas no hay poder que se ejerza sin una continuidad constante, lo que aseguraría peligrosamente el éxito de una insurrección prometedora de placer. La fiesta o la orgía, como Freud y *G. Bataille*, entre otros, lo han mostrado, es el correlato indispensable de un asiento riguroso del poder. Allí las fuerzas re-

primidas se liberan, el deseo se satisface, las tensiones se aplacan. Pero es necesario establecer una regulación estricta para que estas trasgresiones permanezcan contenidas dentro de ciertos límites de espacio o de tiempo.<sup>10</sup> Es dosificando por un control adecuado la alternancia proporcional de los trabajos y los juegos como mejor se logra hacer aceptar la férula y amar al representante del poder, por su papel de dispensador de los placeres, aun cuando éste es el mismo tirano que preside a los trabajos. El obsesivo está atrapado en esta coyuntura, entre lo permitido y lo prohibido, reconstruyendo sin cesar la línea de demarcación entre ambos, eludiendo su inevitable interpenetración y el insoslayable cuestionamiento del uno por el otro. *Asegurará la observancia de la ley en La trasgresión a ella, y la trasgresión de la ley en su observancia.*

En ninguna neurosis se logra tan agudamente, por la multiplicación de los síntomas, generar displacer y ser fuente de autocastigo. Ninguna otra neurosis logra dar al sujeto, por intermedio de los síntomas, tantas fuentes disfrazadas de satisfacción. Es lo que mostramos anteriormente, refiriéndonos al papel de la prohibición del contacto. Todo sucede como si esta prohibición preponderante tendiese a vedar toda posibilidad de satisfacción entre el sujeto y el objeto del deseo. Y Freud escribía en *Tótem y tabú*: “La prohibición no se aplica sólo al contacto físico inmediato, sino que comprende algo tan vasto como el uso metafórico de la expresión «entrar en contacto con». Todo lo que dirige los pensamientos del paciente hacia el objeto prohibido, todo lo que lo pone en contacto con él está tan prohibido como el contacto físico inmediato.”

Ya hemos visto cómo este procedimiento de fuga en cadena no logra sino restablecer nuevas relaciones negativas, o sea otra vez una forma de relaciones disfrazadas —por lo tanto, de contactos—. De hecho, la relación entre el sujeto y el dios en la práctica de la religión privada es la de su mutua tentación de aniquilarse, sin que esta tentación llegue a realizarse, puesto que, de hacerlo, al satisfacerse, se anularía el deseo que la subyace. Pero el

---

<sup>10</sup> En Río, durante el carnaval, por varios días se permiten muchas licencias. Pero pasado el tiempo prescrito por las autoridades para los festejos, basta con que el más inofensivo de los ciudadanos sea visto con el más anodino de los accesorios que usaba en los días de regocijo, para que se le encarcele inmediatamente.

combate es desigual, pues de parte del dios están el deseo y la ley, mientras que de parte del obsesivo pugna desesperadamente la omnipotencia del pensamiento —cuya meta es liberarse del arpón, de los grillos, de las cadenas del deseo—. El obsesivo parece mostrarnos que él ignora que, en esta lucha sin piedad, no puede, para salvaguardarse, más que perder. Si triunfase, dejaría el campo libre para la acción de la pulsión de muerte.

Traducido por María Planells y Ana María Collares